

sobre los límites de la literatura, el autor se inserta en una tradición española y europea con figuras como Baroja y Proust, autores que, de diferentes maneras, han innovado profundamente la novela, abriéndola a nuevos géneros literarios y artísticos. La intervención de Jeffrey Zamosny sigue centrándose en las potencialidades ligadas al entramado y la función entre los géneros. El estudio de *Saliendo de la estación de Atocha* de Ben Lerner, más conocido como poeta, permite reflexionar sobre el vínculo entre novela, poesía, traducción y teoría de la poesía. La principal novedad de esta novela, que puede definirse por derecho propio como *born translated novel*, está en el deseo de construir una narrativa en la que la traducción se convierta en un medio para elaborar una teoría de la poesía.

La contribución de David Pujante Sánchez ofrece algunas reflexiones sobre la teoría poética partiendo de la cuestión horaciana sobre el *ars poetica*: ¿se nace o se convierte uno en poeta? Se trata de un problema que, con distintas declinaciones, ha sido el centro de un vasto debate secular, desde la antigüedad hasta la edad media (con los puntos fuertes representados por las *poetriae novae* y el “brazo de hierro” que el Dante de la *Comedia* establece con Horacio), hasta llegar a la edad moderna. Pasando a través de los ejemplos de la cultura literaria y filosófica medieval, el estudioso llega hasta nuestros tiempos, ofreciendo un panorama de la poesía del siglo XX y comienzos de XXI sobre la base de tres niveles posibles: 1) la poesía creada sin ningún conocimiento del *oficio poético*, 2) la poesía elaborada a partir de un buen conocimiento del *oficio poético*

3) la poesía de los grandes conocedores del *oficio*, conscientes de la tradición en la que se insertan, y con una visión personal que les permite, en diferente medida, innovar la tradición poética.

Juan Carlos Gómez Alonso y Rosa María Navarro Romero, finalmente, analizan la nueva difusión de la literatura erótica que se ha impuesto, sobre todo en el siglo XXI, como un género fuertemente atractivo. Algunos de los *best sellers* pertenecen a este género que ha dado origen a una especie de nuevo fenómeno cultural. Javier Rodríguez Pequeño se centra en otro movimiento cultural y literario vinculado a la violencia en la construcción del personaje del narcotraficante con especial atención al trabajo de Don Winslow. El escritor comienza con la narración de hechos reales, de la crónica de sucesos, pero los enriquece y los completa con la ficción literaria. Se trata de un nuevo tipo de novela criminal que dirige una crítica feroz a los sistemas de poder involucrados y que se basa en la violencia y en el díptico de *la guerra por las drogas* en el espacio infernal de la frontera.

DOI 10.14672/0.2018.1446

Sebastián Mey, *Fabulario*, a cura di Maria Rosso, Napoli, Liguori, 2015, 227 pp. ISBN 9788820765996

Sebastián Mey, *Fabulario*, texte établi et présenté par Fernando Copello, Rennes, Presses Universitaire de Rennes, 2017,

207 pp.
ISBN 9782753558854

Silvia Monti
Università degli Studi di Verona

Curioso destino el del *Fabulario* de Sebastián Mey, colección poco conocida de fábulas y apólogos en prosa, publicada en Valencia en 1613: en primer lugar, a esta obra de narrativa de corte tradicional le tocó compartir fecha de salida con las más novedosas y blasonadas *Novelas ejemplares* de Cervantes, hecho que la arrinconó desde su aparición a “un punto ormai periférico del sistema letterario dell’epoca”, en palabras de Maria Rosso (7). A pesar de cierta indudable difusión, como atestiguan los ejemplares hasta ahora conocidos de la edición valenciana, cinco de los cuales se encuentran en bibliotecas fuera de España (París, Marsella, Bressanone y dos, señalados ahora por Rosso, en Roma), la obra, por lo que sabemos, no se volvió a publicar hasta que, al principio del siglo XX, la exhumó Marcelino Menéndez Pelayo –entusiasta admirador de las enseñanzas morales, la argucia y el tono popular de los cuentecillos de Mey– para incluirla en sus *Orígenes de la novela*. Sin embargo, hay que llegar hasta 1975 para que el *Fabulario* vuelva a publicarse en un volumen independiente que lo ponga al alcance de un público más amplio, aunque la edición a la que me refiero, la de Carmen Bravo Villasante, precedida de una escueta presentación y seguida por unas breves aclaraciones léxicas, parece contradecir este intento, puesto que se trata de una

edición facsímil de la de Valencia 1913, circunstancia que no facilita la lectura del texto. Una segunda reproducción facsímil, sin editor ni estudio, publicada en 2005 por la madrileña editorial Maxtor, no merece la pena ser tomada en cuenta.

En cambio, sorprende que ahora con la diferencia de poco más de un año hayan aparecido dos esmeradas ediciones de esta curiosa obra: la de Maria Rosso, con estudio introductorio, texto español y traducción al italiano de los 57 cuentos, con notas críticas al final del volumen, y la de Fernando Copello, hispanista vinculado a la Universidad de Le Mans, también precedida de un exhaustivo estudio introductorio y con las correspondientes notas críticas puestas en cambio en la parte inferior de la página. Inútil decir que a mí, que dediqué al entonces casi desconocido librito de Mey un ensayo en el lejano 1987, me alegra mucho esta circunstancia que va a propiciar una mayor difusión del conocimiento del *Fabulario* tanto entre los especialistas de literatura del Siglo de Oro como entre el público mayoritario. Los trabajos de los dos estudiosos, aunque se dirigen en principio a destinatarios diferentes, comparten el mismo empeño científico y suponen en conjunto un avance notable en los estudios sobre la obra de Mey y sus relaciones con la narrativa de la época. De Sebastián Mey, a pesar de pertenecer a una conocida familia de impresores valencianos procedente de Flandes, no sabemos mucho. Tanto Maria Rosso como Fernando Copello en las páginas iniciales de sus respectivos estudios tratan de reconstruir hasta donde es posibles las

circunstancias vitales del autor, basándose en los pocos datos disponibles. Estos no nos informan sino de su nacimiento en un entorno familiar culto, vinculado al mercado del libro, en el que destaca el padre de Sebastián, Juan Felipe Mey, a la vez impresor de libros y profesor de griego en la Universidad de Valencia, además de escritor “dilettante”, como lo define Copello (12), pero recordando al mismo tiempo que ha habido quien le atribuye la paternidad del *Guzmán* apócrifo, publicado en Valencia en 1602 en la imprenta de su hermano, Pedro Patricio Mey (*ibidem*). En cambio, hasta ahora ningún nuevo dato ha venido a enriquecer el conocimiento que se tiene de la vida y actividad de su hijo.

En cuanto al *Fabulario*, la única obra conocida de Sebastián, pertenece al género de la narrativa breve que mezcla el entretenimiento con el intento didáctico moralizador, pero, dentro de esta categoría tiene la peculiaridad de ser una colección de cuentos dedicada especialmente a la infancia, como anuncia el autor en el prólogo y como demuestran las características tipográficas del volumen: formato en octavo, pero con cuerpo de las letras mayor de lo usual y sobretodo con una abundancia de figuras que hace del *Fabulario* un precursor de la literatura ilustrada para niños. Tanto María Rosso como Fernando Copello comentan acertadamente el componente figurativo de este librito de Mey, aunque es el segundo, que ya se había ocupado de este aspecto en ensayos anteriores, quien se detiene más en las técnicas tipográficas empleadas y formula una hipótesis concreta sobre el hecho de que dos de los cuentos carecen de

la correspondiente ilustración.

El intento de proporcionar a un público infantil una lectura apacible e instructiva nos llevaría a pensar que el autor acentuaría el aspecto pedagógico y quizá hasta pedante de sus relatos, pero este no es el caso del *Fabulario*, porque Mey se limita a condensar la enseñanza moral en los dísticos de endecasílabos que aparecen al final de cada cuento, dejando la entera escritura del relato a la escueta narración de los hechos, sin intervenir con comentarios o aditamentos morales. Además, estos mismos versos finales, aunque asumen a menudo la forma de sentencias o proverbios, parecen funcionar más como remate literario del cuento, en que el compilador luce su habilidad tanto en la técnica poética como en lo que se refiere a la concentración e ingeniosidad verbal. Hay que añadir que las moralejas que se pueden extraer de los apólogos apuntan más a un sentido común laico que a enseñanzas religiosas. Incluso el edificante cuento del sueño del ermitaño que cierra el volumen, a pesar de representar una versión infantil del juicio final, con deudas a la cultura popular pero también a *Los Milagros* de Berceo, más que un cuento piadoso parece un paso teatral no exento de humorismo.

En cuanto al estilo empleado por Mey, destaca la sencillez y condensación de sus frases frente a los períodos ampulosos de otros narradores del barroco, una sencillez que por otra parte no carece de expresividad y humor. Rasgo característico de la escritura de Mey, que ha llamado la atención de todos los comentaristas, es su capacidad de dar nueva vida a viejas historias,

individualizando a los anteriormente anónimos y genéricos protagonistas y acercándolos al lector a través de un proceso de contextualización que consiste en dotarles de nombres españoles y hacerles actuar en lugares familiares al lector. Un ejemplo citado a menudo es el de “Luis Campuzo, de tierra de la Mancha y pariente de don Quijote”, es decir el hidalgo pobre protagonista del cuento “El hidalgo y el criado”, en el que la alusión irónica al personaje cervantino nos da más informaciones que cualquier descripción detallista. Con el empleo de estas y otras técnicas, Mey logra dotar de “diferente estilo”, como apunta en el prólogo, “los viejos” cuentos, además de incluir “muchos nuevos que no están en los otros [libros]” (52 ed. Rosso; 97 ed. Copello). A partir de esta afirmación, todos los estudiosos del *Fabulario* se han empeñado en esclarecer la/s fuente/s de sus historias, tarea nada fácil, teniendo en cuenta la gran difusión de colecciones, traducciones, reelaboraciones de cuentos y apólogos y del incesante intercambio geográfico de este material narrativo no sólo a través de los libros sino también de la transmisión oral. Hay que decir que en este sentido tanto el trabajo de Rosso como el de Copello aportan nuevos importantes datos y en cierto modo se complementan entre sí, al añadir la estudiosa italiana varias referencias nuevas a la novelística italiana y el segundo nuevos datos acerca de la ramificación de las fábulas esópicas, habiendo podido contar, entre otros estudios citados sobre este tema, con la reciente importante compilación de Gert van Dijk, *Aesopica posteriora*. Para terminar,

no puedo no destacar la impecable transposición al italiano del lenguaje de Mey, llevada a cabo con gran acierto por Maria Rosso, que ofrece al público no hispanohablante una obra de lectura muy placentera y entretenida.

DOI 10.14672/0.2018.1447

Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo, *El caballero puntual*, edición, estudio y notas de José Enrique López Martínez, Madrid, Real Academia Española–Centro para la Edición de los Clásicos Españoles, 2016, 448 pp. ISBN 9788461768066.

Giovanna Fiordaliso
Università degli Studi della Tuscia

La colección de Anejos de la Biblioteca Clásica de la Real Academia Española, dirigida por Francisco Rico, se enriquece con la publicación, en 2016, de *El caballero puntual* de Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo (1581-1635).

Se trata de una obra juvenil que el autor madrileño publica en Madrid en dos partes, la Primera en 1614 y la Segunda en 1619: fechas muy fecundas en este principio del siglo XVII, con una intensa vida literaria dominada por el teatro de Lope, el Romancero nuevo, la épica culta, la picaresca, las *Novelas ejemplares*, el *II Quijote*, el *Persiles*, y la muerte de Cervantes. En esos años Salas Barbadillo, escritor prolífico, que en su carrera cultivó todos los géneros en boga en su época, empieza